

## V

**Una moneda de cinco francos que cae al suelo, hace ruido.**

Había cerca de San Medardo un pobre que se acurrucaba en el brocal de un pozo de vecindad, cegado, y á quien Juan Valjean hacía limosna de muy buena fe. Apenas pasaba nunca por delante de él sin darle algunos sueldos. A veces le hablaba también. Los envidiosos decían de este mendigo que era "de la policía". Era un antiguo bedel de sesenta y cinco años que siempre estaba murmurando oraciones.

Una noche que Juan Valjean pasaba por allí y no llevaba á Cosette consigo, vió al mendigo en su puesto ordinario bajo el farol que acababan de encender. Aquel hombre, según su costumbre, parecía rezar, y estaba completamente encorvado. Juan Valjean se le acercó poniendo en su mano la limosna acostumbrada. El mendigo alzó bruscamente los ojos, miró fijamente á Juan Valjean, bajando rápidamente la cabeza. Aquel movimiento fué como un relámpago; Juan Valjean sufrió un estremecimiento. Parecía que acababa de entrever á la luz del farol, no el semblante plácido y santurrón del antiguo bedel, sino un rostro espantoso y conocido. Experimentó la impresión que sentiría cualquiera que se encontrase de repente en la sombra, cara á cara con un tigre.

Retrocedió aterrado y petrificado, no atreviéndose ni á respirar, ni á hablar, ni á huir, ni estarse quieto, contemplando al mendigo, que había bajado su cabeza cubierta con un harapo, y pareciendo no darse cuenta de que estuviera allí. En aquel extraño momento un instinto, quizá el instante misterioso de la conservación, hizo que Juan Valjean no pronunciase una sola palabra. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos andrajos, y la misma apariencia de todos los días. ¡Bah! dijo Juan Valjean. ¡Estoy loco! ¡Yo sueño...! ¡Imposible! Y entró nuevamente en su casa profundamente turbado.

Apenas se atrevía á confesarse á sí propio que aquel rostro que había creído ver era el de Javert.

Pensando en ello toda la noche, le pesaba no haber interrogado al hombre para obligarle á levantar la cabeza segunda vez.

Al día siguiente, al caer la noche, volvió. El mendigo estaba en su puesto.

—Guárdeos Dios, buen hombre—dijo resueltamente Juan Valjean, dándole un sueldo. El mendigo levantó la cabeza, respondiendo con voz lastimera:—Gracias, mi buen señor.—Era realmente el antiguo bedel.

Juan Valjean se sintió completamente tranquilizado. Echóse á reír.

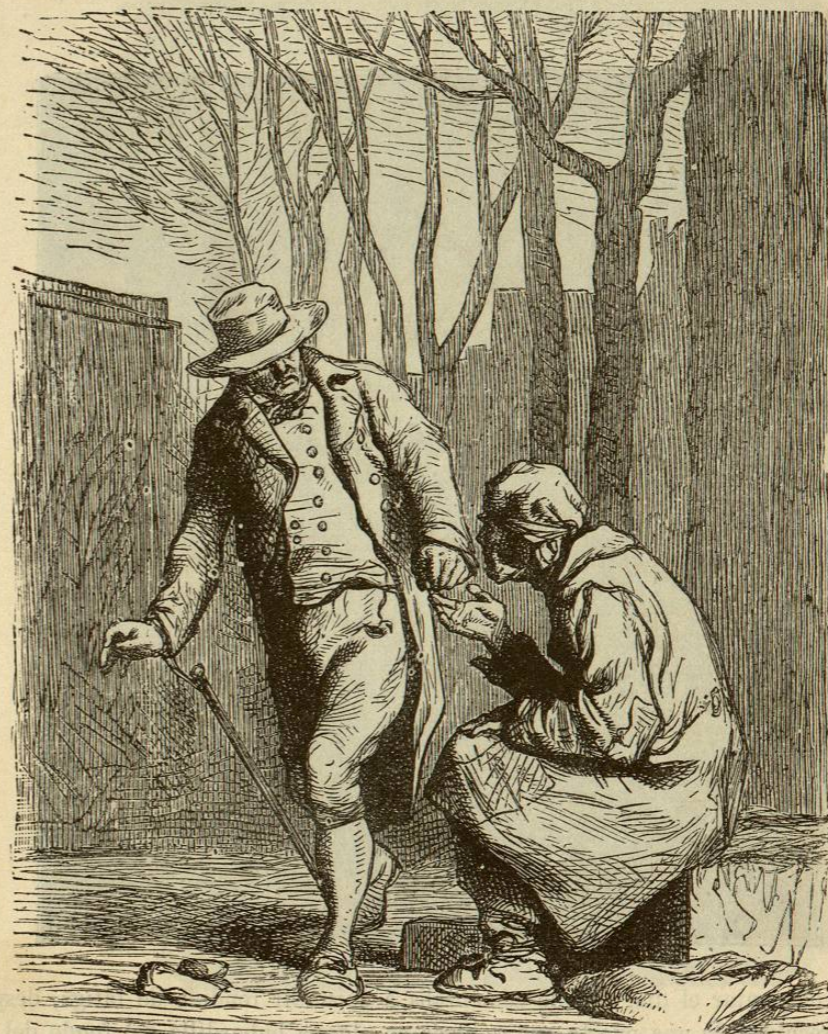
—¿Dónde diablos había ido yo á ver á Javert?—pensó para sus adentros.

—¿Iré yo ahora á tener visiones?—Y no pensó en ello más.

Algunos días después, serían como las ocho de la noche, cuando estando en su cuarto haciendo delectar á Cosette en alta voz, oyó abrir y después volver á cerrar la puerta de la casucha. Esto le pareció singular. La vieja, única persona que habitaba con él la casa, se acostaba siempre al anochecer para no gastar vela. Juan Valjean, hizo seña á Cosette para que se callara, y oyó que subían la escalera. En

rigor, bien podría ser que la vieja se hubiese puesto mala y hubiese ido á la botica. Juan Valjean escuchó.

Las pisadas eran pesadas y sonaban como las de un hombre; pero la vieja usaba zapatos gruesos, y nada se parece tanto al paso de un hombre como el paso de una mujer vieja. Sin embargo, Juan Valjean dió un soplo á su luz.



Había mandado á Cosette á la cama, diciéndole muy por lo bajo:

—Acuéstate muy quedito;—y mientras la besaba en la frente se detuvieron las pisadas.

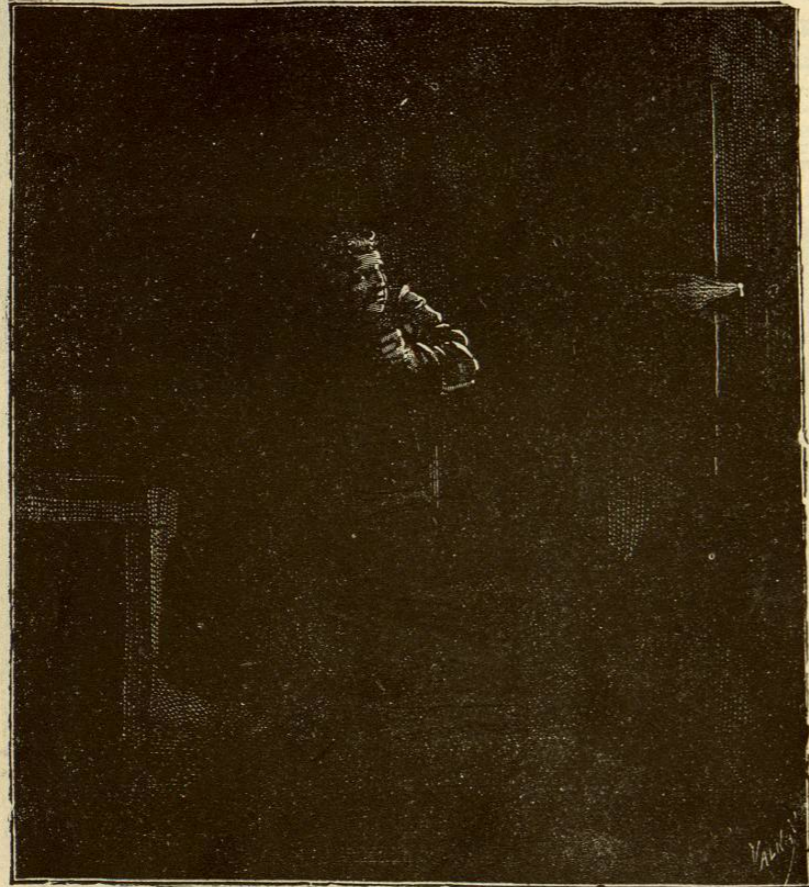
Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, vuelto de espaldas á la puerta, sentado en una silla, de la que no se había movido, reteniendo su respiración en la obscuridad.

Después de un buen rato, no oyendo ya nada, volvióse sin hacer ruido, y al dirigir los ojos hacia la puerta de su cuarto, vió una luz por el ojo de la llave. Aquella luz dibujaba una especie de estrella siniestra en lo negro de la puerta y de la

pared. Evidentemente había allí alguien que tenía una luz en la mano y estaba escuchando.

Pasaron así algunos minutos, y desapareció la luz. Solamente que no oyó ningún ruido de pasos, lo cual parecía indicar que el que había venido á escuchar á la puerta se había quitado los zapatos.

Juan Valjean se echó completamente vestido sobre su colchón, no pudiendo cerrar los ojos en toda la noche.



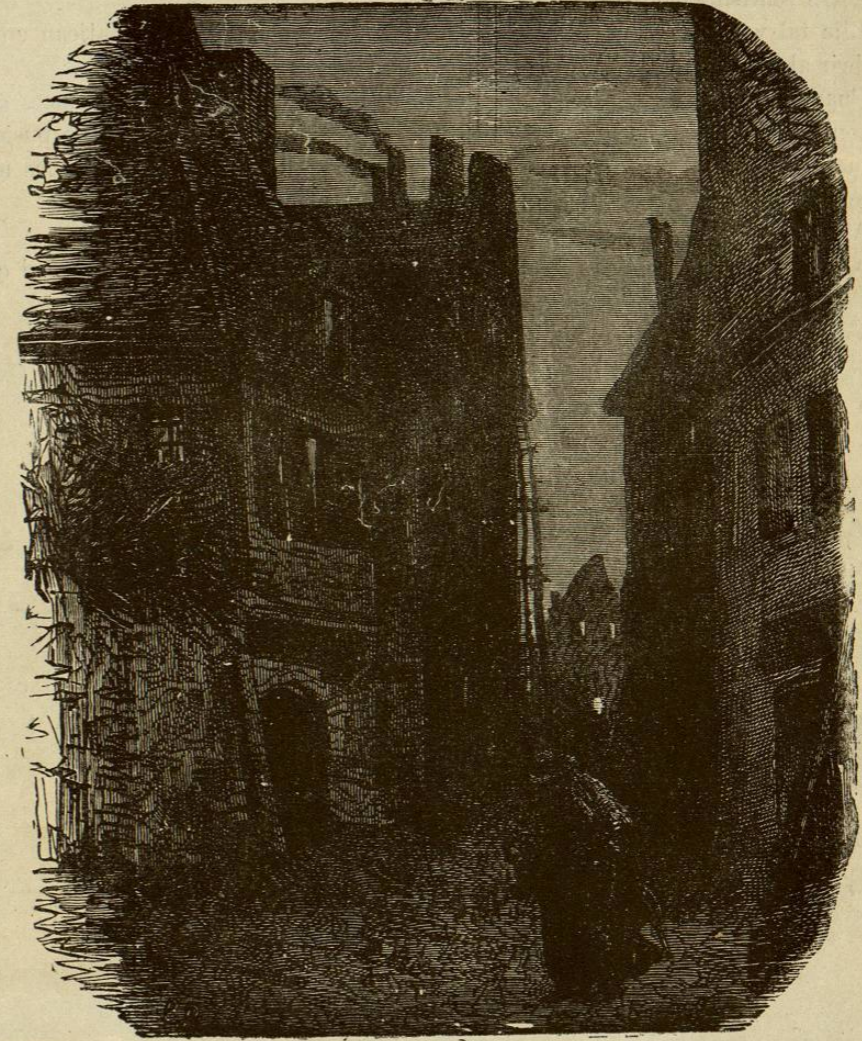
Al despuntar el día, cuando comenzaba á dormitar rendido de fatiga, despertó el rechinar de una puerta que se abría en alguna buhardilla del fondo del corredor; después oyó los mismos pasos de un hombre que habían subido la escalera durante la víspera. Los pasos se iban acercando.

Levantóse de su cama, y aplicó un ojo al agujero de la cerradura, que era bastante grande, esperando ver al cruzar, cualquiera que fuese, el sér que se había introducido por la noche en la casucha y escuchado á su puerta.

Era, en efecto, un hombre, que pasó esta vez sin pararse por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba todavía muy oscuro para poder distinguir sus facciones, pero cuando llegó el hombre á la escalera, un rayo de luz de afuera hizo resaltar su opaca silueta, y Juan Valjean le vió de espaldas completamente.

El hombre era de elevada estatura, vestido con un largo levitón, y un grueso palo bajo el brazo. Era la formidable facha de Javert.

Juan Valjean habría podido intentar verle de nuevo por la ventana que daba al boulevard. Pero para ello era menester abrirla, y no se atrevió.



Era evidente que aquel hombre había entrado con una llave, y como en su casa. ¿Quién le había dado la llave? ¿Qué es lo que aquello significaba?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró para arreglar la habitación, Juan Valjean le dirigió una mirada penetrante, pero sin interrogarla. La buena mujer estuvo como de ordinario.

Mientras iba barriendo, dijo:

—¿Habéis tal vez oído entrar alguien esta noche?

En aquella época y en aquel boulevard, las ocho de la noche era noche cerrada.

—A propósito, es verdad,—respondió él con el acento más natural.—¿Quién era?

--Es un nuevo inquilino,—dijo la vieja,—que tenemos en la casa.

--¿Y que se llama...?

--No sé bien si Dumont ó Daumont. Un nombre así.

--¿Y qué es ese señor Dumont?

--Un rentista como vos.

Ella tal vez dijo estas palabras sin doble intención, pero Juan Valjean creyó descubrir alguna.

Cuando hubo salido la vieja, hizo él un rollo de un centenar de francos que tenía en un armario, y se lo metió en el bolsillo. Por mucho cuidado que pusiera en aquella operación para que no se le oyera remover dinero, escapósele de las manos una moneda de cien sueldos, que fué rodando ruidosamente por el suelo.

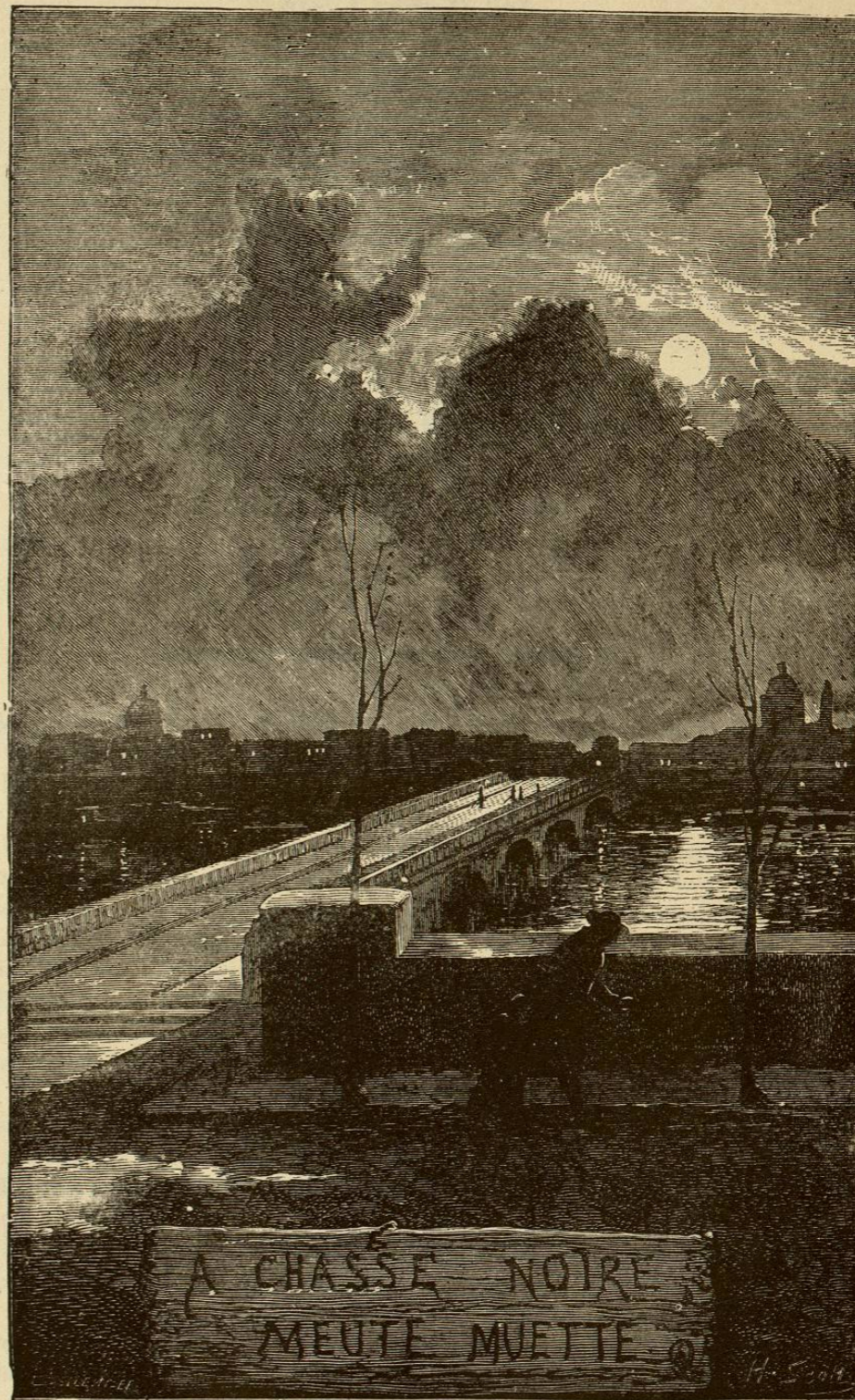
A! anochecer, bajó y miró atentamente arriba y abajo del boulevard.

No vió á nadie. El boulevard parecía absolutamente desierto. Es verdad que podía cualquiera ocultarse detrás de los árboles.

Volvió á subir.

--Vente,—dijo á Cosette.

Y tomándola de la mano, salieron los dos.



A la caza nocturna, jauría muda.